***KERIGMA- LA COMUNIDAD***

La concepción del kerygma que hasta ahora conocemos es un encapsulamiento del concepto de predicación apostólica, es decir “del testimonio del ministerio, de la muerte y de la resurrección de Cristo”. De tal modo que los Padres, predicadores y ministros de la comunidad antigua mantuvieron el “testimonio” apostólico como clave didáctica y espiritual para la enseñanza. Por tanto el significado de kérygma se asociará fuertemente y como un sinónimo de enseñanza. La enseñanza cristiana toma toda su forma de la tradición apostólica, de hecho la acción de anunciar el evangelio es un apostolado, un mandato, una misión, y por tanto, acción de difusión del mensaje de la salvación. Durante el desarrollo de los primeros siglos del cristianismo, la enseñanza de la fe tomó todos los elementos del mensaje evangélico y generó otras fórmulas de comunicación. . Efectivamente, el anuncio no adquiere toda su fuerza y significación más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión del corazón a su Maestro. Tal adhesión no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se manifiesta concretamente por medio de una entrada visible, en una comunidad de fieles EN 23. La Parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio; ella es "la familia de Dios, es como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad", "es una casa de familia, fraterna y acogedora", es la "comunidad de los fieles". CL26

Antes de volver al Padre Jesús encomienda a la Iglesia, es decir a los discípulos reunidos, a llevar la buena noticia de su salvación a todos los confines de la tierra. La comunidad cristiana, fiel a esta misión prepara hombres y mujeres para que sean verdaderos discípulos del Señor. Hoy estamos llamados a la proclamación del Misterio de Cristo mediante el Kerigma, siendo éste preparación fundamental. Los Apóstoles, enviados por Cristo a continuar su misión, se saben «ministros de la Palabra» y saben que de ella viene la fe “Por tanto la fe viene de la predicación y la predicación de la Palabra de Cristo. (Rm 10,17)

*Nos dice Jesús: "No he venido por mi propia cuenta, sino que Dios me ha enviado"* (Jn 8, 42). En el centro de la conciencia misionera del Hijo estaba la convicción de ser el enviado por el Padre amoroso: era el Mensaje vivo de Dios, la Palabra, la Misión encarnada (IPM 14). El origen de la misión es Dios Padre que ha escogido y consagrado a su pueblo para realizarla. La Iglesia es la comunidad que Dios Padre se ha elegido mediante su Hijo Jesucristo. Es también la comunidad que Dios Padre ha consagrado y habilitado para la misión al derramar sobre ella su Espíritu (MP 43).

Todos los cristianos deben prestar su ayuda a la difusión del Evangelio, cada uno según sus posibilidades, sus talentos, su carisma y su ministerio en la Iglesia (AG 28). *"La orden dada a los Doce: "Vayan y proclamen la Buena Nueva", vale también, aunque de manera diversa, para todos los cristianos*..." (EN 13).

La proclamación ha de estar centrada en que, si amamos a la Iglesia como Cristo la amó y se entregó por ella, también participaremos con alegría y generosidad en la formación de pequeñas comunidades donde se puede alimentar y vivir mejor el ideal presentado por las primitivas comunidades; tener todo en común; estar unidos en la oración, en la enseñanza de los apóstoles y celebrar: “Compartían los esfuerzos y fatigas de cada día, asistían asiduamente a la comunión y a la fracción del pan” (Hch 2, 42).

 En el Apocalipsis del apóstol San Juan hay una palabra que puede ayudarnos a entender cómo ve el Señor a quienes nos llama a colaborar en su obra: *«Yo sé todo lo que haces; conozco tu duro trabajo y tu constancia, y sé que no puedes soportar a los malvados... Has sido constante, y has sufrido mucho por mi causa sin desmayar. Pero tengo una cosa que reprocharte: que dejaste enfriar el primer amor»* (Ap 2,2-4).

Sólo retornando al fervor del primer encuentro, se es capaz de reavivar esfuerzos, que superen los años que se cargan encima y las miserias propias. Para emprender una nueva misión hay que volver al lugar de aquel encuentro que dio la capacidad de dejarlo todo (Cf. Mt 4,18-22), para ir al seguimiento del Señor: *«Así dice el Señor: Recuerdo tu amor de juventud, tu cariño de joven esposa, cuando me seguías por el desierto, por una tierra sin cultivar»* (Jer 2, 2).

Ell anuncio fundamental de la salvación es: "que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que fue sepultado; y que resucitó al tercer día" (1 Cor 15, 3-4). "El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo como víctima por nuestros pecados. Hermanos queridos, si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos unos a otros" (1 Jn 4,10-11)

Esta proclamación conlleva una interpelación para aceptar a Jesús como Salvador y Señor, cuyo fruto será la conversión inicial que continuará profundizándose y haciéndose más consciente y comprometedora a lo largo de la vida, meditando y asimilando el mensaje central de la fe. El testimonio personal y el de la comunidad eclesial es su fundamento (EN 21.41).

La Iglesia cumple su misión cuando sus comunidades y personas se convierten, por su estilo de vida y de servicio, en signos de la presencia del Reino; en testigos de la acción y presencia del Resucitado. Es una forma intensa y sumamente creíble de misión. El testimonio de lo que se cree y se vive es la maduración de la vocación bautismal en el cristiano. El servicio es la expresión natural de su fe. Por esto podemos decir que el testimonio de la caridad forma parte primera y principal del trabajo evangelizador de la Iglesia (MP 75).

La primera responsabilidad de los laicos es la transformación y la animación del orden temporal (EN 70). Significa ser un agente de cambio, un factor de transformación de la sociedad en que vivimos. Es buscar que los valores del evangelio se vivan en todas las estructuras humanas: familia, trabajo, colonia, ciudad, país, etc.

A su vez, los laicos pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos. Estos ministerios adquirirán un verdadero valor pastoral y serán constructivos en la medida en que se realicen con un respeto absoluto a la unidad y a los artífices de la unidad de la Iglesia. La Iglesia como obra de Dios, brota de la Santísima Trinidad, participando del misterio de su Misión y Comunión. Esa Comunión de Dios Trinidad es lo que da fundamento a la comunidad y comunión de la Iglesia, que es el Pueblo de Dios congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo LG cfr 2). La Iglesia que es también el Cuerpo de Cristo participa por ello de la misión que Él tiene, pues así como el Padre ha enviado a su Hijo, así ahora Él nos envía a continuar con su obra de salvación, guiados por la luz de su Espíritu (Cfr. Jn 20, 21- 22). De tal manera que el envío que ha recibido la Iglesia, radica en el envío que ha recibido Jesús, su único Maestro. Del misterio trinitario se desprende que la misión de la Iglesia sea para todo el Pueblo de Dios, en cuanto Cuerpo de Cristo, convirtiéndose éste en destinatario, pero también sujeto de su misión; de aquí podemos comprender la llamada a ser una Iglesia evangelizada y evangelizadora.

**PRÁCTICA- Soy iglesia,** ¿estoy trabajando en ella? Si no, acercarme a ver en qué ministerio puedo cooperar.